

TÍTULO: *El circuito de Montecarlo*

AUTOR: Care Santos

COLECCIÓN: Alerta Roja

EDITORIAL: SM

Primeras páginas

En una eyaculación normal, entre sesenta y quinientos millones de espermatozoides son lanzados a una verdadera aventura. Solo los más ágiles atraviesan el cuello del útero, uno de los puntos más difíciles de su recorrido. Impulsándose con la cola, y ayudados a veces de las contracciones uterinas, avanzan a una velocidad de dos a tres milímetros por minuto -todo un récord, si tenemos en cuenta su tamaño- hasta la parte superior de las trompas de Falopio, donde aguarda, rollizo y paciente, su objetivo: un óvulo maduro, doscientas veces más grande que cualquiera de ellos. A este último trayecto de su largo viaje llegan solo los más rápidos, los más sanos: entre cien y doscientos. Los demás, como sucede en tantas ocasiones, se han ido quedando por el camino, y al poco tiempo -apenas unas horas- mueren. Sin embargo, habrá uno que llegará realmente hasta el final: aquel que logre atravesar la membrana que recubre el óvulo, llegar a la meta e instalarse allí. El más veloz, el único, el campeón. No hay podio para él, pero le aguarda un futuro que no puede ni imaginar.

Durante las últimas horas de la fiesta de principio de curso del año pasado, el más ágil y veloz de mis espermatozoides logró atravesar la membrana de uno de los óvulos maduros de Paula, la chica nueva de Cuarto B.

No fue como en las películas. Resultó un poco complicado. A ella le dolió un poco, pero no quiso parar. Eché a perder el único preservativo que llevaba. Alguno de los dos dijo:

-Por una vez no pasará nada. Y, encima, la primera. Ya sería mala pata.

El otro estuvo de acuerdo: no había tiempo para detenerse, ni siquiera había tiempo para pensar, solo para obedecer impulsos primitivos, que es lo mismo que decir para comportarse como animales. Eso hicimos: nos comportamos como seres incapaces de pensar.

Lo normal es que no se produzca ninguna eyaculación la primera vez. Lo normal es que sea un desastre, dicen los sexólogos. Lo que nadie dice es que el estreno puede ser un desastre incluso aunque se logre la eyaculación. En este asunto del sexo se tiende a simplificar demasiado. Por eso a veces puedes creer que lo sabes todo cuando no tienes ni idea. Ni siquiera sospechas todo lo que no sabes. En fin, no es lugar ni momento para hablar de eso. Además, no serviría de nada: el sexo no se aprende en los libros.

Me interesa dejar claro que la primera vez no fue lo que se dice un gran acontecimiento. Pasó y punto. Nos besamos, nos acariciamos, nos quitamos la ropa -cada uno la suya-, aunque el otro ayudó un poco, nos miramos el uno al otro con un poco de vergüenza y mucha fascinación y decidimos, de común acuerdo, probar.

La madre de Paula no estaba en casa y ella me tenía que devolver un libro que yo le había prestado. Estábamos cansados y eufóricos: habíamos bailado sin parar durante cuatro horas. Era mi chica desde hacía nueve días, pero hasta esa noche no nos habían salido bien los besos de

quince segundos. Yo creía que estaba enamorado de ella. Cuando pensaba en ella, la llamaba 'mi novia'.

Me puse nervioso, no supe ponerme bien el preservativo. No es tan fácil como parece, de verdad. Luego me daba vergüenza probar otra vez delante de Paula. Cuando lo intenté otra vez estaba encerrado en el cuarto de baño y se me cayó por el retrete. No me pareció bien rescatarlo del agua sucia. Le expliqué a ello lo que había pasado.

Lo meditó unos segundos y se encogió de hombros.

-Bueno. ¿Tú crees que pasará algo por una vez?

No sabía qué decirle. Nadie se toma muy en serio la planificación familiar a los quince años.

-Yo tengo ganas de probar, ¿y tú? -dijo Paula.

Probar. Era como si habláramos de un nuevo batido de cacao, de un refresco recién inventado, de un juego de videoconsola o qué sé yo. La verdad es que yo también me moría de ganas de probar, de probarla, de probarme.

-Claro -contesté.

Hacía frío para permanecer desnudos, incluso con la curiosidad que sentíamos el uno hacia el cuerpo del otro. El tacto de sus pechos me sorprendió por su suavidad y su calor. Al poco rato, ella dijo algo parecido de mi pene. Comparó su piel con la de un bebé.

-¿Dónde lo hacemos? -pregunté.

Su cama estaba a dos palmos de distancia y parecía un buen lugar. Cuando nos instalamos en ella, vimos que en realidad no lo era tanto: solo cabíamos tumbados de lado.

-¿Qué hay que hacer ahora? -preguntó Paula.

Improvisé. Mi pene no parecía mucho más animado que yo. Paula, en cambio, estaba un poco asustada.

-¿Quieres que lo dejemos? -pregunté.

-No. Quiero hacerlo -repitió.

Mi pecho parecía amplificar los latidos de mi corazón. Paula tenía una expresión muy rara.

-Es que me estoy concentrando -dijo.

Yo también me estaba concentrando. La teoría no parecía tan difícil. Además, allí no había música de fondo: solo el tic tic tic de un vecino trasnochador aficionado al bricolaje. Paula cambió su cara por un respingo de dolor.

-¿Te he hecho daño? -pregunté, retirándome.

-No, no, no te vayas. Me parecía que dolía un poco, pero no pasa nada.

Volví a acercarme. Me daba mucho miedo no ser capaz. Cuando empezaba a pensar que tanto esfuerzo no merecía la pena, lo conseguí, y sentí mucho calor y mucha vergüenza. Paula

apretaba los labios y cerraba los ojos. La besé los párpados, las mejillas y los hombros mientras empezaba a moverme. En ese momento, mi pene empezó a reaccionar de verdad. Todo lo que pasó a continuación fue culpa suya (de mi pene). Paula separó los labios para preguntarme si estaba bien. Yo estaba más que bien: en quince segundos había experimentado mi primer orgasmo en compañía. Paula me abrazó tres segundos antes de ordenarme:

-Pesas mucho, levántate.

Cuando volvió, iba en pijama. Uno de color naranja, con un corazón rosa sobre el pecho. Yo no podía dejar de imaginarla sin el pijama. Me agarró de las manos y me preguntó:

-¿Te ha gustado?

-¿Y a ti? -quise saber yo.

-Creo que sí -dijo ella, muy poco convencida-. Tenemos que aprender un poco pero, por lo menos, hemos empezado.

A mí me había encantado y tenía ganas de gritarlo a los cuatro vientos. Estaba eufórico, radiante de felicidad. En aquel momento, no pensaba nada más que en lo que acababa de lograr, como si hacer el amor por primera vez fuera algo parecido a superar una marca olímpica.

No pensaba en nada más que en mí. No podía sospechar lo raro que es lograr la penetración durante la primera vez. Más raro aún es eyacular siendo un novato. Que, encima, esa vez coincida con una ovulación, y haya un óvulo orondo y satisfecho esperando la llegada de visitantes, es todavía más improbable. No se me ocurrió pensar que a veces la vida es muy extraña.

Salí de casa de Paula con mi euforia a cuestas. Era una exaltación muy poco justificada, si se pensaba bien: en realidad, muy pocas cosas habían salido bien aquella noche. Solo una, de hecho, y en aquel momento no podía siquiera sospecharla: Ismael, que nació nueve meses más tarde. Fue un lujo de bebé.

Un lujo de hijo.